

En una casa abandonada en Chañar Ladeado, un pueblito por la ruta 93 justo antes de cruzar de Santa Fe a Córdoba, cuelga un diploma enmarcado con un nombre que ya no es de nadie.

Es del juramento a la bandera del 26 de abril de 1982 en Punto de Apoyo Topo, Bahía Fox, Islas Malvinas.

“Me da lástima no poder mostrarlo. Es que figura mi nombre viejo”, dice la veterana de guerra Tahiana Marrone.

El nombre nuevo lo lleva hace seis años, pero realmente nunca fue el varón que dice que fingió ser. La guerra, cuenta, le dió un respiro.

“Lo único que tenía en mente fue tratar de sobrevivir al otro día. Mi cuestión de género no se me cruzaba. Pasábamos hambre y frío en los pozos. Nos bombardeaban constantemente de los buques, se sentía como si te pegaran una piña en el pecho. Sacudía todo como en un sismo.”

Dice que fue una buena experiencia.

“Para muchos fue traumático, pero en mi caso revolví y saqué lo bueno. Aprendí a valorar la vida y las amistades. Por otro lado, hay muchas cosas que mi mente bloqueó. No me acordaba que nevó dos veces. Lo sé ahora porque lo leí en el diario de guerra de la compañía.”

Después de la guerra volvió a fingir. Lo hizo tan bien que vivió muchos momentos felices como hombre, marido y padre. Hasta que no pudo más.

En la casa que fue su hogar por 27 años se ven los rastros empolvados de las tres personas más importantes de su vida: en el comedor una mesa enorme de madera, ya sin sillas. Sobre las camas de los mellizos, cajas apiladas con audífonos y muñecos.

En el taller, sobre la mesa de trabajo entre cables, componentes y herramientas, un par de anteojos. Están apoyados abiertos, como si un día se hubiese parado para buscar algo y nunca volvió.

“Acá tengo demasiados recuerdos que me hacen mal. Me anoté en un sorteo para una casita nueva y quedé porque soy veterana. La gente te envidia lo que tenés: la casa, la pilcha, el auto. Lo que no saben es que ya no tengo hijos.”

El jardín de atrás se convirtió en una selva que de a poco se está comiendo la casa. Unas lenguas largas de las hiedras ya empiezan a entrar por donde no cierran bien las ventanas. Tahiana agarra una silla y se sienta un rato en lo poco que queda del patio.

“Creo que Malvinas me dió la fuerza para transitar y soportar todo lo necesario para poder decir: esta soy yo”, dice.

Una tortuga aparece de las sombras y se acerca con pasos apurados.

“Mirá, viene a saludarme! Ella se quedó acá. Come de las hojas y toma del agua que queda en las plantas después de las lluvias.”